

SOCIOLOGÍA Y COMPROMISO POLÍTICO: UNA LECTURA PARA AMÉRICA LATINA

Nelson Arteaga Botello
Roberto Fuentes Rionda

RESUMEN

Se examina el sentido y el papel de la sociología frente a la degradación, la privación y la opresión social. La sociología tiene un compromiso con la sociedad civil frente a los procesos colonizadores del Estado y el mercado. Se examinan los debates en sociología de los últimos años, caracterizados por el auge de las corrientes posmodernas, poscoloniales y de la globalización. Un escenario que se recrudece cuando las entidades públicas y los organismos internacionales presionan a los sociólogos a definir objetos de investigación, muchos de ellos orientados a reforzar las políticas del orden neoliberal.

Palabras clave: sociología pública, sociología académica, compromiso político, co-producción del conocimiento.

ABSTRACT

It examines the meaning and role of sociology from degradation, deprivation and social oppression. Sociology has a commitment to civil society against the colonization process of the state and the market. It examines the debates in sociology in recent years, marked by the rise of postmodern, postcolonial and globalization ideas. A scenario that worsens when the International Organizations pressure on sociologists to define objects of research, many of them aimed at reinforcing the policies of the neoliberal order.

Key words: public sociology, academic sociology, politic engagement, knowledge co-production.

Al igual que otras disciplinas de las ciencias sociales, la sociología estuvo marcada desde sus inicios por los fundamentos de la Ilustración, según los cuales el conocimiento posibilitaría la transformación de la sociedad —incluso sin descartar ciertas formas violentas (Gray, 2007). De algún modo, muchas de las visiones progresistas que impregnaron —explícita o implícitamente— la teoría sociológica clásica partían del presupuesto de que la historia de la humanidad podía percibirse como una serie de momentos y etapas donde al final las sociedades podrían vivir de manera que fuera posible el bienestar, tanto material como espiritual de sus integrantes. Quizás esta idea tuvo su momento más visible después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la sociología alcanzó un lugar privilegiado, en la medida en que se consideraba que podía aportar líneas de acción en el marco de la reconstrucción de Europa —abatida en ese periodo por los efectos de la conflagración bélica— y, en el caso de América Latina, porque se le consideraba una herramienta útil para las teorías de la modernización, entonces en boga en la región.

Como apunta Picó (2003), se puede considerar que entre 1945 y la década de 1970 se vivieron los años dorados de la sociología. El agotamiento del modelo de desarrollo económico implementado en los años posteriores a la posguerra arrastró consigo a la misma disciplina, lo cual se ha visto reflejado en la crisis del discurso que había creado para sustentar su legitimidad, así como en una importante disminución en el financiamiento de proyectos de investigación. Además, al interior del debate teórico de la sociología fue posible observar una valoración mayor —por parte de algunos científicos de la disciplina— de las perspectivas marcadamente utilitaristas que, al alimentar la noción de una sociedad articulada por la racionalidad individual, terminaron por cuestionar los propios cimientos de la sociología, independientemente de legitimar la ola de cambios neoliberales de la década de 1980 y 1990.

Los efectos que ha tenido la expansión del capitalismo salvaje en la vida de millones de personas en todo el mundo —impulsado por las políticas neoliberales a escala global— ha traído de nueva cuenta a la mesa de discusión la pregunta sobre el sentido y el papel de la sociología frente a la degradación, la privación y la opresión social. La reciente aparición en la revista *Current Sociology*,¹ publicada por la Asociación Internacional de Sociología, de un número dedicado a esta cuestión, revela la importancia que tiene en la actualidad para los sociólogos el planteamiento del rol de la sociología.

¹ El número referido fue público en mayo de 2008; recoge la discusión que se presentó en la mesa “Sociology in Common Sense, Political Practice, and Public Discourse”, en el Congreso de la Asociación Internacional de Sociología, celebrado en Durban, Sudáfrica, en julio de 2006. Incluye las aportaciones de Michael Burawoy —quien abre y sugiere la discusión—, Alberto Martinelli, Dennis Smith y Michael Wieviorka.

El debate ha sido iniciado por Michael Burawoy, quien plantea la necesidad de construir una sociología pública orgánica que instituya un compromiso con los actores sociales marginados y excluidos de forma amplia, visible, fuerte y activa. Su propuesta está orientada a señalar que la sociología tiene un compromiso con la sociedad civil —en la cual encuentra su nacimiento y desarrollo— frente a los procesos colonizadores del Estado y del mercado. Otros sociólogos han respondido a esto estableciendo puntos de acuerdo y desacuerdo, aunque manteniendo la perspectiva de una teoría sociológica pensada siempre frente a esos dos referentes. Con todo, es necesario examinar si esto es totalmente cierto o si, desde América Latina (y éste es el argumento del presente trabajo),² la sociología debería ver ambos espacios como elementos desde donde se puede pensar lo social y en los que la sociología podría adquirir un peso particular —jugando un papel político relevante, hasta el momento monopolizado por la ciencia política.³

Para sustentar este argumento es necesario examinar, aunque sea brevemente, los procesos que ha vivido la sociología en los últimos tiempos —sobre todo desde la década de 1970—: el desenlace de los llamados años dorados, caracterizados por el auge de las corrientes posmodernas, poscoloniales y de la globalización, que han cultivado la imagen de un Estado y un mercado incapaces de generar mecanismos de integración social; escenario que se recrudece aún más si se observa que las entidades públicas y los organismos internacionales presionan a la sociología para construir determinados y específicos objetos de investigación, muchos de ellos orientados a reforzar las políticas del orden neoliberal, porque únicamente de esa manera se provee de financiamientos adecuados.

El presente documento se encuentra dividido en tres partes. En la primera se hace una historia sucinta de las corrientes posmoderna, poscolonial y de la globalización que han marcado recientemente el rostro de la sociología, así como una revisión de su impacto en su discurso de legitimación, generado por las presiones

² El presente documento, más que tratar de llenar un vacío en la discusión sobre el papel de la sociología que abre Burawoy, quiere ser una provocación que motive la discusión sobre un tema que, a veces, los llamados expertos de la sociología consideran irrelevante porque parten del hecho de que su trabajo tiene un valor por sí mismo.

³ Aunque en los artículos que aparecen en la mencionada revista se incluyen aportaciones desde distintas experiencias nacionales, lo cierto es que dejan fuera una parte de la visión al respecto desde América Latina. Las aportaciones desde las experiencias nacionales son llevadas a cabo por Adam Habib (Sudáfrica), Shen Yuan (China), Elena Zdravomyslova (Rusia), Ruy Braga, Sylvia Gemignani García y Leonardo Mello e Silva (Brasil) y Amita Baviskar (India). Cabe resaltar que estas aportaciones son consideradas como experiencias “locales”, frente a la discusión más de carácter universalista con la que abre Burawoy y los demás autores, creando la sensación de que existe una dificultad para pensar “lo universal” desde los países no centrales.

económicas para el fondeo de las investigaciones. Sobre este contexto histórico, en la segunda parte, se hace una síntesis del debate abierto por Burawoy en torno al papel social y político de la sociología. En la tercera parte se plantea una posible revisión desde América Latina a esta interrogante, subrayando la necesidad de que los sociólogos pongan más atención al análisis de las condiciones que hacen posible la emergencia de la acción de los actores y el compromiso político de la sociología con ellos. En esa medida, su comprensión es una forma de compromiso político y social con los grupos marginados y excluidos.

1. Posmodernidad, poscolonialidad y globalización

La crisis de los grandes paradigmas en la década de 1970 se encuentra firmemente vinculada con la desarticulación de los grandes modelos explicativos —tanto de aquellos vinculados con cierta perspectiva progresista, ligados al desarrollo del marxismo, como a los funcionalistas de corte liberal y, paradójicamente, conservador. Esta crisis derivó, en la década de 1980, en el debate en torno a la posmodernidad y el poscolonialismo: los gemelos del pensamiento teórico de esa década, como apunta Homi Bhabha (2003). El debate sobre el poscolonialismo tuvo una enorme presencia en la sociología, discutiendo en torno a cómo las prácticas subalternas de los países donde recaía un enorme peso colonial respondían a los procesos de dominación cultural de los países centrales. Tomando como herramientas la problematización hermenéutica y el llamado “giro lingüístico”, la sociología hizo de la deconstrucción una estrategia metodológica para cuestionar sobre las prácticas culturales de resistencia y sumisión de los países periféricos. Términos como des-territorialización, migración, diferencia, hibridación y cosmopolitismo adquirieron una resonancia significativa en este tipo de estudios.

Por otro lado, las discusiones referentes a la posmodernidad se constituyeron alrededor de la crítica al proyecto moderno y a la Ilustración, que consolidan a la razón —frente a la tradición— como el criterio fundamental de ordenamiento social. A partir de este debate comenzó a hablarse de una modernidad fallida o de modernidades múltiples. Bajo la tutela, también, del pensamiento de la “deconstrucción” y de las perspectivas que orientan su trabajo sobre los llamados “estudios culturales”, la posmodernidad es, como apunta Fredric Jameson (2003), al mismo tiempo un proceso histórico en donde la modernidad encuentra sus límites como un discurso crítico que la reconstruye; su campo de términos está alimentado por la dupla de conceptos: lo universal y lo particular, lo global y lo local, la identidad y la fragmentación, la homogeneidad y la heterogeneidad, los cuales de alguna forma traducen la crisis general de la sociedad y sus instituciones y, en última instancia, discuten la

capacidad de ambas para asegurar la integración de sus miembros: los individuos. Un escenario que, entre otros autores, Jean Baudrillard y Georges Ballandier han bautizado como el fin de la sociedad.

Tanto este debate como el de la poscolonialidad parecen estar agotados: no despiertan ya el interés ni las grandes discusiones del pasado. En la década de 1990, sobre las cenizas del fuego intelectual que crearon, se montó otro discurso sobre el concepto de la globalización. La crisis del Estado-nación, las tendencias homogeneizadoras y, al mismo tiempo, que se orientan a la fragmentación, las tendencias hegemónicas del capital, entre otros conceptos, se han consolidado con la aparición de la “globalización” en el terreno de la discusión de la sociología. No obstante, las discusiones en torno a la globalización, la posmodernidad y la poscolonialidad no sólo han generado un reacomodo de la teoría sociológica, han servido como la arena de lucha de distintas corrientes que han tratado de establecer la construcción de una visión viable para comprender la realidad de las sociedades latinoamericanas y generar posibles escenarios de actuación política.

A la par de este contexto de emergencia de conceptos vinculados con las propuestas posmodernas, poscoloniales y de la globalización, se ha consolidado poco a poco un crecimiento del financiamiento a ciertos proyectos de investigación desarrollados por sociólogos. Sin embargo, este financiamiento, en muchos casos, no parece originar una vuelta al espíritu reformista de la posguerra. Por el contrario, pareciera que el trabajo de la sociología está siendo empujado hacia el mejoramiento de las condiciones de programas y políticas públicas, orientadas sólo a paliar los efectos de la apertura de los mercados y la reducción de las políticas sociales.

No debe sorprender que incluso los principales actores de la globalización, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, así como distintas entidades gubernamentales y cuerpos de asesores, reclamen el trabajo de los sociólogos para dar cuenta en mayor medida de las condiciones para el establecimiento de políticas, proyectos y programas. De esta forma demandan e impulsan un consumo constante de “evidencia” que posibilite el diseño de políticas públicas y políticas de intervención. Dicha demanda de “evidencia” afecta, en ocasiones, la construcción de “objetos” de investigación, subordinando su definición al encargo de localización de aquello que las políticas quieren impulsar —como ha sucedido muy recientemente, por ejemplo, con las investigaciones orientadas a establecer la solidez y presencia de “capital social”. En este sentido, en las disciplinas sociales enseñadas y llevadas a la práctica en las universidades, parece consolidarse una subordinación a la dinámica de las políticas públicas desde los Estados, insistiendo en la necesidad de que el sociólogo apoye las políticas públicas gubernamentales en detrimento de su compromiso político con los sectores que viven procesos de exclusión y marginación social.

Ahora bien, algunos sociólogos consideran que es mejor el apoyo de las políticas públicas —que tienden a sanear los efectos de los procesos de modernización— porque se pueden reformar, aunque sea de forma muy precaria, las condiciones de vida de los grupos marginados y excluidos, que ejercer una hipercrítica del sistema neoliberal. Sin embargo, ello no debe excluir el hecho de que el condicionamiento, mediante la provisión de fondos, de ciertos objetos de investigación, e incluso posiciones teóricas y metodológicas, esconde tras de sí el perfil de un sociólogo que pierde su independencia, pero sobre todo su capacidad de encarar la demanda social.

Resulta pertinente anotar esto, pues los sociólogos, a través de sus proyectos de investigación, se involucran ante todo con un proyecto definido de sociedad; y si la tendencia orientada a la producción de “evidencia” para el impulso de las políticas públicas gana terreno, ello va en detrimento de la resolución sobre el sentido y los objetos de investigación sociológica. De esta forma, es importante no dejar de preguntar: ¿quiénes financian en la actualidad los programas de investigación social?, ¿qué tipo de datos se construyen a partir de estos programas? Más aún, ¿qué tipo de información se está obteniendo y para qué está sirviendo?

Es difícil contestar estas preguntas. No sólo porque es palpable la diversidad de inclinaciones políticas de los sociólogos y, por ende, su modelo de lo que debería considerarse como su labor, sino porque la presión cada vez mayor de las políticas educativas por establecer criterios de evaluación de la calidad —las cuales regularmente giran alrededor de la utilidad profesional de las carreras— provoca que la sociología se vea forzada a plantear de manera mucho más clara para qué sirve; no tanto en términos de producción científica, sino en función de lo que el término “utilidad” significa para las disciplinas de las ciencias físico naturales. Es por ello que algunas universidades donde se enseña sociología comienzan a apreciarse más como una especie de *think tanks*, en los que se confecciona conocimiento “útil” para el desarrollo de las políticas gubernamentales, partidos políticos u organizaciones no gubernamentales.

En la medida en que esto se convierta en una regla más o menos aceptada en ciertas universidades y centros de investigación, tenderá a producirse menos conocimiento y más “evidencia” para el desarrollo de objetivos políticos bien delimitados. Si bien es cierto que uno de los temas capitales sobre los que habrá de reflexionar la comunidad de sociólogos es el de cómo superar el uso político de la evidencia desde el ámbito de la producción orientada hacia una “utilidad” determinada, también lo es que las preguntas centrales deben enfocarse a responder —en un contexto marcado por la fragmentación posmoderna, la deconstrucción poscolonial y las contradicciones de las orientaciones teóricas de la globalización—, cuál es el

papel de la sociología frente a la degradación de la vida humana, expresada en las figuras de la marginación, la pobreza y la exclusión —ya sea por raza, género, clase o etnia—, con el fin de posibilitar vías para el ejercicio político. Una pregunta que Michael Burawoy (2008) plantearía recientemente y que resume la cacofonía de enunciaciones como la superposición de escenarios que han emergido en la sociología desde la década de 1970.

2. El rol de la sociología: una discusión sobre su sentido político

Efectivamente, Burawoy (2008) se pregunta cuál debería ser la práctica política de la sociología desde la actividad de la investigación vinculada con los grupos localizados en las bases de la estructura social. Sin duda, reconoce que cualquier respuesta que se pretenda plantear tendría que tomar en cuenta las condiciones nacionales y locales específicas. Con todo, considera que en general el compromiso de la sociología se encuentra con el espacio que le dio nacimiento como disciplina y que ha permitido su desarrollo: la sociedad civil. De esta forma, la sociología tendría, para este autor, su compromiso en la necesidad de resguardar a la sociedad de los procesos de colonización que el Estado y el mercado dirigen contra ella. Pero la sociología tiene varios rostros —según Burawoy (2008)— dependiendo de los intereses que defiende en la sociedad.

Se pueden encontrar sociólogos de las políticas públicas, dirigiendo su trabajo a reorientar el mercado y sus efectos a través de la intervención del Estado. Existen también sociólogos profesionales, que desde los espacios universitarios construyen programas de investigación, utilizando para ello el llamado rigor científico, implementando un método de aproximarse a la sociedad —casi siempre ligado a resolver problemas de carácter teórico. Hay también sociólogos críticos que orientan su arsenal teórico metodológico al cuestionamiento de los poderes, privados y públicos, en la sociedad, realizando por lo regular una serie de juicios morales y éticos hacia los propios sociólogos que han puesto los conocimientos producidos por la disciplina al servicio de los movimientos sociales o del poder político de las burocracias estatales. Incluso tratan de dismantelar la supuesta neutralidad y trabajo científico de los sociólogos profesionales.

Para Burawoy (2008), el papel de la sociología tendría que ir más allá, no como una disciplina que sirve al poder o comprometida de manera ciega con los pobres, marginados y excluidos de todo tipo, sino como una sociología pública que produce sociólogos públicos: interlocutores con diversos sectores sociales, en particular aquellos que han sido objeto de las dinámicas de degradación por parte del mercado y del Estado. De forma sintética, Burawoy (2008) señala que existen

dos vertientes del trabajo sociológico que pudieran sostener la sociología pública. A una la denomina tradicional, y a la otra, orgánica. La primera de ellas se enfoca en auditorios acotados y anónimos, con una orientación política pasiva, apegada a valores de pensamiento y comportamientos establecidos —el *mainstream*. En contraste, la sociología pública orgánica hace un compromiso con los distintos actores sociales con una orientación amplia, visible, fuerte, activa y, en la mayoría de los casos, contra las formas de pensar y los valores establecidos.

En este sentido, una sociología pública tradicional cree que lo social no puede entender las condiciones de su propia situación. De acuerdo con las clásicas teorías de la falsa conciencia, esta sociología considera que el sentido común es ignorancia y, por tanto, los intelectuales —entre ellos los sociólogos— monopolizan el conocimiento sobre su propia situación. De hecho, son ellos, en un proceso de educación de los actores sociales, quienes inyectan un supuesto conocimiento verdadero sobre las condiciones de vida de los distintos grupos sociales. Los sociólogos inscritos en esta orientación hablan —sin perder la ruta de reflexión propuesta por Burawoy (2008)—, desde las tribunas, de la llamada “construcción científica” de las relaciones sociales.

Por otro lado, la sociología pública orgánica dirige su acción hacia otros derroteros. Piensa que las poblaciones excluidas y explotadas poseen la capacidad de entrever su condición de grupos sojuzgados. Así, los sociólogos deben aprender a comprender su forma de entender su situación y a establecer un diálogo con ellos. En ese diálogo, la comunicación debe ocurrir en dos sentidos: aquel del sociólogo y aquel de los actores que se encuentran resistiendo. Algo que los sociólogos públicos tradicionales ven como una perversión, en la medida en que dificulta su capacidad para monopolizar el conocimiento de lo social; y una vez abierto el diálogo, se considera que el conocimiento neutral es desvirtuado por el lego.

En tanto que los procesos de resistencia, en la etapa del capitalismo tardío, apuntan hacia una mayor capacidad de los actores sociales de reconocer su situación de dominio, en función de las condiciones por las cuales son excluidos —raza, género, etnia, religión, entre otros—, la sociología, alimentada por las discusiones de la posmodernidad y la poscolonialidad, ha tenido que disponer de un aforo cada vez mayor para incorporar y dialogar con estos actores. Más aún, la capacidad de interconexión que hace posibles las nuevas tecnologías de información y la identificación de los distintos movimientos de excluidos entre sí —más allá de las fronteras nacionales— ha provocado que la sociología pública orgánica adquiera un número importante de interlocutores en dichos movimientos, lo que permite ampliar la capacidad de la sociedad civil a escala internacional para hallar puntos de encuentro.

No obstante, si bien Martinelli (2008) establece cierto acuerdo con algunos puntos fundamentales de los planteamientos de Burawoy, resalta que este autor clarifica la delgada frontera entre la construcción profesional de la sociología y el trabajo político que pueda derivarse de ella. Para Martinelli (2008), la sociología profesional y los planteamientos políticos que los sociólogos deriven de su trabajo son dos diferentes formas de acción. Esta incapacidad de Burawoy es, para Martinelli (2008), una consecuencia directa de su definición de sociología pública orgánica, que deja sin resolver cuatro problemas.

El primero de ellos se refiere a la relación entre el sociólogo y el grupo social excluido o degradado con el cual dialoga y del cual se pretende construir un determinado conocimiento. El sociólogo público orgánico puede caer en la identificación con dicho grupo, generando un proceso donde se vuelve uno con el propio grupo, desplazándose hacia la figura del intelectual, cuya tarea se transforma en la justificación ideológica de los movimientos sociales, con el fin de ejercer una hegemonía cultural en el resto de los grupos de la sociedad. El segundo se relaciona con el dogmatismo; es decir, y siguiendo a Martinelli (2008), la incapacidad de aceptar otro tipo de puntos de vista sobre el movimiento al que se encuentra ligado el sociólogo público orgánico. El tercer problema es el riesgo de la manipulación que puede ejercer el sociólogo hacia el grupo que pretende representar, transformándose en parte del aparato de dirección, estableciendo lineamientos de acción. En palabras que Martinelli (2008) recoge de Gramsci: el sociólogo puede devenir en funcionario, un organizador que juega un rol de poder y control. Finalmente, el cuarto problema especifica el juego de poder que adquiere el sociólogo, el cual se deriva de su incorporación en la estructura del movimiento social y su identificación como intelectual dentro del mismo: su capacidad para ejercer un dominio al interior de éste y, además, en otros sectores sociales.

Estos puntos de desacuerdo que indica Martinelli (2008) respecto a la propuesta de Burawoy (2008) están determinados en el fondo por el punto de partida de cada autor. Para este último, la sociología, como ya se mencionó, se encuentra ligada al nacimiento y desarrollo de la sociedad civil, sobre todo, a su resistencia ante el poder colonizador del Estado y del mercado. Para Martinelli (2008), esto implica una idealización, por no decir fetichización, del concepto de sociedad civil y una satanización del Estado y mercado. Más allá de que pueden ejercer un verdadero poder de desarticulación de lo social, lo cierto es que no todos los Estados y mercados son iguales. La idealización de la sociedad civil puede traer consigo una sobreponderación de los movimientos sociales, que puede llevar a la sociología a una "orientación populista" (Martinelli, 2008: 366). Por el otro lado, los mercados y los Estados pueden jugar un papel positivo en su potencial para generar cohesión

social (Martinelli, 2003). Por tanto, sostener que el papel de lo social es bueno y, por el contrario, que las actuaciones del Estado y del mercado son malas, es una simplificación improcedente.

En este sentido, Martinelli (2008) propone que los sociólogos deben proveer a la sociedad una mirada experta e informada de ella misma, haciendo sus teorías más accesibles tanto para los individuos como para los colectivos sociales. El objetivo es generar una capacidad de autorreflexión en la sociedad, donde ella se pueda pensar a sí misma desde una posición que guarde la distancia sobre la identificación a ultranza con los grupos que observa y con los que también, por qué no, dialoga. Esto permite que sea la propia sociedad quien genere una capacidad cada vez mayor de establecer cuáles son sus propias diferencias, sus grupos, y consolide de esta forma una democracia donde los Estados y los mercados funcionen para su beneficio. Más aún, y poniendo el caso de que el sociólogo ejerza una posición política abierta como intelectual, no debe actuar como un científico social, sino como un actor político. De este modo, su propuesta retoma en gran parte la reflexión señera de Max Weber, en el sentido de que la política y la ciencia son dos esferas distintas de actuación que nunca deben reducirse una a la otra.

Pero la posición de Martinelli tiene sus problemas. Según Smith (2008), es un planteamiento que facilita a la sociología tradicional orgánica la adquisición de una nueva fuerza, en la medida en que la sociología profesional abroge sobre sí una autoridad incuestionable frente al ejercicio de los otros tipos de sociología, al catalogarlas como incapaces de producir conocimiento. La propuesta de Smith (2008) resulta sumamente prudente: las distintas formas de sociologías deberían establecer una comunicación permanente. Para este autor, en la medida en que es posible reconocer un grupo social en degradación y exclusión, la sociología pública orgánica tendría que recoger el conocimiento de los actores en esa situación —utilizando para ello las herramientas y desarrollos teóricos, así como empíricos y comparativos que se impulsan desde los espacios de los sociólogos profesionales. Finalmente, con el objetivo de enfrentar los problemas de las comunidades, convendría trabajar de manera cercana con los sociólogos de las políticas públicas, quienes tendrían la capacidad de poder establecer estrategias adecuadas para que ambos polos pudieran diseñar, conjuntamente, vías para superar las demandas sociales.

Si bien, por parte de los sociólogos, la articulación y comunicación entre las distintas formas de construir la sociología se han convertido en un procedimiento necesario con el fin de erigir no sólo cómo se construye socialmente el conocimiento, sino cómo puede utilizarse y quiénes hacen uso de él —con el objetivo de dar cuenta del alcance social de la producción del conocimiento en la disciplina—, lo cierto es que deja de lado la discusión sobre la relevancia del conocimiento socio-

lógico, concebido como resultado de la coproducción entre el investigador y los grupos sociales. Momento particularmente relevante en la pregunta que Burawoy plantea en su propuesta en torno a la sociología pública orgánica, porque no sólo apunta hacia un compromiso con lo social, sino a una consideración sobre el carácter epistemológico de la producción del conocimiento.

En este sentido, para Wieviorka (2008) dos aproximaciones deben ser tomadas en cuenta. La primera es la dupla “acción política-investigador”. El sociólogo, explica Wieviorka (2008), interviene sobre lo público en el mismo momento en que se acerca a investigar e indagar en los grupos sociales. Su intervención produce conocimiento y, al mismo tiempo, transforma la situación de las personas con las que interactúa —en la medida en que sus preguntas generan una reflexión distinta en los actores que en ese momento viven una situación determinada. Al mismo tiempo, el investigador transforma su visión sobre los actores que intenta comprender, en tanto que al escucharlos y observarlos desecha los presupuestos con los que se aproximó en una primera instancia.

La segunda aproximación se denomina, siguiendo la escuela de pensamiento de Alain Touraine, intervención sociológica. Ésta consiste en crear una relación entre el sociólogo y los actores que estudia, relación en la cual cada uno juega un papel —el investigador no pretende ser un actor, y éste no se representa como sociólogo. El objetivo es que el sociólogo presente un argumento tal que el actor acepte o rechace: esto constituye la prueba, la demostración sobre la investigación y revela la importancia de las hipótesis. De esta forma, el actor puede apropiarse y modificar, quizás, el planteamiento del investigador. Con ello, el investigador mantiene un vínculo con sus actores y la manera en cómo éstos producen el conocimiento sobre ellos mismos.

Desde esta visión, Wieviorka (2008) señala que la discusión que han establecido Burawoy, Martinelli y Smith esconde tras de sí una discusión de naturaleza epistemológica: algunos piensan que la validación científica del trabajo sólo puede venir del círculo profesional de sociólogos, mientras que otros plantean que la mejor prueba para validar el conocimiento sociológico debe involucrar la discusión con los propios actores sociales que son “objeto de estudio”. Así, el sociólogo debe establecer mecanismos que le permitan explicar cómo el análisis que realiza es aceptable desde un punto de vista de la sociedad o de un sector de ella, y de qué forma dicho conocimiento puede ser útil o inútil. No obstante, y más allá de esta discusión, lo cierto es que, como señala Wieviorka (2008), la cuestión de la relación entre los sociólogos y los problemas públicos determina la producción del conocimiento, la selección de nuestro objeto, la implementación de una teoría, de un método, los recursos de validación y, sobre todo, las formas como se pretenda sostener la demostración de los hallazgos de la investigación.

Si esto es así, es decir, que en el centro de la discusión está la cuestión del vínculo que establecen los sociólogos con los problemas públicos, éstos no son los mismos en los países centrales cuya reflexión sociológica ha puesto la pauta, cuando menos porque en América Latina las condiciones de producción de lo social, del Estado y el mercado no han sido los mismos. Ciertamente, América Latina no ha estado exenta de los procesos de modernización de los países centrales. Con todo, en la región latinoamericana nuestra sociedad ha sido en gran parte, como apunta Scott (2004), un concripto de la modernidad, no su voluntaria. En esa medida también los conceptos ligados a la idea de sociedad —como Estado o mercado— adquieren otra relación, más allá de la que sirve tanto a Burawoy o Martinelli, para definir el papel político de la sociología en América Latina.

3. Pensar el compromiso político de la sociología: una reflexión

Hasta el momento no queda duda de que el planteamiento efectuado por los distintos autores aquí reseñados apunta a marcar el compromiso político que debe tener la sociología con los grupos en degradación. Casi sin excepción se señala la necesidad de que la sociología esté atenta a generar mecanismos que mejoren las condiciones de los grupos más marginados y excluidos. No obstante, las diferencias emergen cuando la pregunta se orienta a cómo hacer esto posible. Burawoy plantea la pertinencia de una sociología pública orgánica. Martinelli responde sobre los peligros que esto implica —una posible sociología populista— y reclama por una sociología elaborada desde las instituciones educativas, es decir, profesional, que no se confunda con la práctica política en tanto ambas responden a lógicas de legitimación distintas. Smith aclara que esta propuesta puede ser peligrosa e involucionar hacia el restablecimiento de la sociología pública tradicional. Wieworka cree, por su parte, que cada una de estas propuestas plantea, en última instancia, pensar cómo acercarse a los actores sociales y cómo construir no sólo conocimiento con ellos, sino cómo utilizar ese conocimiento coproducido para sugerir la acción política.

El problema es que esta propuesta parte de una visión que, desde nuestro punto de vista, soslaya la constitución de las sociedades como la latinoamericana, donde los actores son muy distintos de aquellos en los países centrales. En los países occidentales desarrollados es posible observar la consolidación de instituciones que permiten una serie de soportes a la acción de los individuos y actores sociales, lo cual implica, entre otras cosas, el desarrollo de un Estado que combina una alta concentración de la autoridad política con un sistema de representación política y la expansión de los derechos ciudadanos (Dandeker, 1990). Esto ha permitido, por lo general, que se consolide una ciudadanía como base política para las relaciones

entre gobernantes y gobernados, la administración por una burocracia pública más que por sistemas de clientelas, así como una administración de la sociedad a través de una burocrática (Dandeker, 1990), garantizando esta última su funcionamiento gracias a procedimientos normativos y reglamentarios. Esta situación, sin embargo, no ha sido semejante en todos los países, como el caso de los latinoamericanos o africanos, donde los Estados presentan problemas para concentrar de manera sólida la autoridad y el poder político, y donde sus sistemas de representación política son altamente ineficientes, y la ciudadanía limitada y frágil.

En este sentido, se sugiere, asimismo, que se oriente la mirada también y de manera relevante las condiciones de posibilidad de los actores en las sociedades latinoamericanas. Es decir, establecer una mirada que haga posible advertir cómo se van colocando las condiciones contemporáneas sobre las cuales se están edificando los soportes de lo social, incluso de la individualidad. Si actualmente la cuestión social se refiere a un mundo donde las condiciones de inserción social —raza, género, etnia, religión, educación, ingreso— se encuentran en el centro de la resistencia social, lo más probable es que se ponga más atención al racismo, la discriminación, la ciudadanía, la inmigración, la delincuencia y la violencia. Sin embargo, se deja a un lado el papel que las instituciones tienen —entre ellas, claro, el Estado y el mercado— en las sociedades modernas, en tanto que resultan los sustitutos de los soportes que permiten la constitución de los actores sociales frente al desvanecimiento de las relaciones tradicionales. Esto resulta ambivalente: por un lado, dichos soportes tienden a proteger al individuo pero, de igual forma, son un factor importante que puede propiciar su retraimiento. De ahí que Durkheim (1996) caracterice esta relación en términos de “dependencia liberadora”.

Los soportes de las instituciones modernas permiten la construcción de la individualidad de los hombres y sirven para que se transformen en actores y establezcan estrategias personales. Se pretende subrayar la necesidad de interrogar por los soportes de la individualidad, sobre todo efectuando una revisión de las relaciones de poder que la estructuran. Esto no implica negar las condiciones de actor y sujeto —como sugieren las perspectivas centradas en la acción. Lo que se quiere destacar es que cuando las relaciones modernas o capitalistas despojan al individuo de su dependencia tradicional hacia estructuras fijas, éste debe apoyarse sobre algún punto para poder existir.

Como dice Robert Castel (2003), en quien se inspira esta idea, no es que la sociología se deje de interesar por las relaciones intersubjetivas, por el devenir sujeto y su acción. Al contrario, la sociología revisa las condiciones previas que se requieren para que los individuos y grupos devengan en actores. En otras palabras, para entrar en la aventura de los actores y el proceso de coproducción del conocimiento pri-

mero es necesario dar cuenta de los soportes institucionales que la hacen posible. En apariencia, esta aproximación se aleja del planteamiento que cruza la discusión abierta por Burawoy. Pero es sólo en apariencia, pues en realidad se trataría de otra escala o plano de reflexión, pues más que privilegiar a los actores, se examinan las posibilidades objetivas de constituirse como tales, y apunta, en este sentido, a una crítica de las condiciones estructurales de producción de lo social.

Así, la revisión de las condiciones de posibilidad de constitución de los actores sociales reformularía continuamente el análisis de los soportes que las determinan, en tanto éstos representan un conjunto de vínculos no visibles, que implican la coproducción, reconstrucción y reconstrucción, apropiación y reapropiación de las tramas colectivas (Bialakowsky *et al.*, 2007). Asimismo, esta reconstitución en la revisión de las condiciones sociales conllevaría una reconfiguración de los procedimientos de la investigación, en tanto pondría en marcha nuevas relaciones entre quienes perfilan el conocimiento social. En este sentido, la coproducción en el análisis y el saber social exigiría una metamorfosis tanto en el modo de generar conocimiento como de comunicarlo. En otras palabras, la reconsideración de la sociología desde América Latina apronta una versión no tradicional, no eurocéntrica, de epistemología, basada en el recurso del diálogo a partir de otros lenguajes y significados, que requerirían cierta comunidad y traducción (Bialakowsky *et al.*, 2007; Bialakowsky *et al.*, 2006).

De esta forma, la sociología pone frente a los actores las condiciones de su situación y la de otros, apuntalando la constitución de una sociología política orgánica, lejos de las tentaciones populistas, ya que ubica las condiciones de exclusión y marginación de los grupos sociales. Igualmente, evita la vuelta a la sociología orgánica tradicional, porque obliga a los sociólogos a vincular las condiciones objetivas de producción de los actores y a ellos mismos. Finalmente, hace posible que se tengan un contexto de acercamiento a los actores sociales y que la coproducción de conocimiento que se tenga con ellos garantice el propio análisis de las condiciones de ella misma. Esto permitiría, quizás, corresponder al compromiso político frente a los actores sociales en degradación y exclusión, haciendo evidentes los procesos institucionales que propician dichas condiciones, revisando, sobre todo, aquello que causa la “dinámica social de la extinción” (Bialakowsky *et al.*, 2004).

Frente a la imposibilidad de un cambio en extremo radical, cabría más una revisión crítica del orden social y de las constricciones que establece (Castel, 2006), cristalizadas en instituciones no únicamente de ámbito estatal o económico, sino, asimismo, educativas, disciplinares. En este sentido, dicho reconocimiento crítico de los bordes epistémicos, disciplinares y, enfáticamente, políticos, posibilitaría ampliar el espectro del compromiso social, dejando a un lado a la sociología populista y a

la sociología alejada de la actividad y producción objetiva de ella misma. El talante crítico reafirmaría cierto compromiso entre los actores sociales y los modelos explicativos que los acotan. Para ello, la crítica, aún más, partiría del contexto inmediato del investigador, sondeando los horizontes propios, y lejanos a los países definidos como centrales, al mismo tiempo que se cultiva un continuo diálogo con éstos, manteniendo una dignidad crítica y reflexiva. De este modo, establecer el compromiso político de la sociología desde América Latina implica el reconocimiento de un marco explicativo desde un contexto específico —regional o nacional— frente a demandas propias; al tiempo que, para eliminar cualquier sospecha de relativismo, la sociología debe abrirse considerablemente al concierto mundial, calado de una multiplicidad de variaciones en los problemas y en las estrategias de respuesta, permitiendo con ello poner en la arena de la sociedad civil los problemas comunes del final del siglo xx.

Bibliografía

- Baviskar, Amita (2008), "Pedagogy, public sociology and politics in India: What is to be done?", en *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 425-433.
- Bhabha, Homi (2003), "Making difference: the legacy of the culture wars", en *Artforum*, abril, pp. 73-87.
- Bialakowsky, A. L. et al. (2007), "Metodología de coproducción investigativa aplicada al estudio comparado de los procesos de trabajo", ponencia presentada en el V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo: "Hacia una nueva civilización del trabajo" de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo (ALAST), 18 al 20 de abril, Montevideo-Uruguay.
- Bialakowsky, A. L. et al. (2006), "Capitalismo y método. Alternativas de la coproducción investigativa", en *Revista Laboratorio*, año VII, núm. 19, otoño/invierno, Buenos Aires.
- Bialakowsky, A.L. et al. (2004), "Procesos sociales de exclusión-extinción. Comprender y coproducir en las prácticas institucionales en núcleos urbanos segregados", en Mota Díaz, L. y A. D. Cattani [coords.], *Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina. Nuevas perspectivas analíticas*, UAEM-CEMAPEM-UFRGS-ALAS, Toluca, México.
- Burawoy, Michael (2008), "What is to be done? Theses on the degradation of social existence in a globalizing World", en *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 351-359.
- Castel, Robert (2006), "Crítica social. Radicalismo o reformismo político", en Robert Castel et al. [coords.], *Pensar y resistir. La sociología crítica después de*

Foucault, Madrid: Ediciones Ciencias Sociales, Círculo de las Bellas Artes, pp. 7-34.

- _____ (2003), *Propiedad privada, propiedad social, propiedad de sí mismo*, Argentina: Homo Sapiens.
- Dandeker, Christopher (1990), *Surveillance Power and Modernity*, Reino Unido: Polity Press.
- Durkheim, Emile (1996), *Sociologie et philosophie*, Francia: Presses Universitaires de France.
- Gray, John (2007), *Black Mass: Apocalyptic religion and the dead of Utopia*, Canadá: Doubleday.
- Habib, Adam (2008), "Speaking 'truth' to all forms of power: reflections on the role of public sociologist in South Africa", en *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 389-398.
- Jameson, Fredric (2003), "The end of temporality", en *Critical Inquiry*, vol. 4, núm. 29, pp. 695-718.
- Martinelli, Alberto (2008), "Sociology in political practice and public discourse", en *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 361-370.
- Picó, Josep (2003), *Los años dorados de la sociología*, España: Alianza.
- Ruy, Braga, Sylvia Gemignani y Leonardo Mello e Silva (2008), "Public sociology and social engagement: Considerations on Brasil", en *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 415-424.
- Scott, David (2004), *Conscripts of modernity: the tragedy of colonial Enlightenment*, EEUU: Duke University.
- Smith, Dennis (2008), "Globalization, degradation and the dynamics of humiliation", *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 371-379.
- Wieviorka, Michel (2000), "Some considerations after reading Michael Burawoy's article: 'What is to be done? Theses on the degradation of social existence in a globalizing World'", en *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 381-388.
- Yuan Shen (2008), "Strong and weak intervention: two pathways for sociological intervention", en *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 399-404.
- Zdravomyslova, Elena (2008), "Make way for professional sociology! Public sociology in the Russian context", en *Current Sociology*, vol. 3, núm. 56, pp. 405-414.